



MAURICIO BABILONIA

**Los favoritos de los príncipes abren sus bellas hojas
como las caléndulas ante el ojo del sol;
pero tienen su orgullo sepultado en sí mismos
pues basta un fruncir de cejas para que muera su gloria**

(Shakespeare: Soneto 25)

Introducción

Después de una pausa de varios meses, volvemos a presentar "Aletheia" en su número seis, retomando una idea de Habermas: el desarrollo de la razón ilustrada. Nos parece que "El sobrino de Rameau" de Diderot tiene una gran aplicación en la actualidad, sobre todo en nuestro país, dónde el halago abyecto, nos dice Arturo Berumen, se ha convertido en el cuarto elemento del Estado y la raíz más persistente de la corrupción.

La forma dialógica del escrito del gran enciclopedista francés, hace que la obra sea también muy pertinente, en medio del predominio de la monologización del pensamiento moderno. Nos hemos atrevido a seleccionar algunos fragmentos, casi sin hacer cambios en el texto, conservando el sentido crítico e irónico de Diderot, que devela uno de los más importantes resortes del poder: la adulación, como la pantomima común de la humanidad.

LA ADULACIÓN COMO CUARTO ELEMENTO DEL ESTADO

Arturo Berumen Campos

Dice Hegel que la conciencia noble lleva a cabo el servicio al monarca con heroísmo, mediante el lenguaje del consejo, pero siempre es sospechoso, porque su autonomía impide que el príncipe se considere tal de una manera absoluta.⁴⁴³

En cambio, la conciencia vil, con el lenguaje del halago y del elogio, confirma verdaderamente el poder del príncipe, pero se hunde en la abyección y sólo es un nombre vacío.⁴⁴⁴

⁴⁴³ Hegel, G. W. F. (2000). *Fenomenología del espíritu* (pp. 298,299), trad. de Wenceslao Roces y Ricardo Guerra. México: FCE: “La conciencia noble es el heroísmo del *servicio* —la *virtud* que sacrifica el ser singular a lo universal y de este modo lleva esto al ser allí—, la *persona* renuncia a la posesión y al goce de sí misma y actúa y es real para el poder vigente [...] Este obrar, que agrupa la esencia y el sí mismo, hace brotar la *doble* realidad; se hace brotar así como lo que tiene realidad *verdadera* y hace brotar el poder del Estado como lo *verdadero* que *vale*.
”Pero, por medio de este extrañamiento, el poder del Estado no es todavía una autoconciencia que se sabe cómo poder del Estado; es solamente su *ley* o su *en sí*, que vale; no tiene todavía una *voluntad particular*, pues la autoconciencia servidora no ha enajenado todavía su puro sí mismo, vivificando al poder del Estado con ello, sino solamente su ser; sólo le ha sacrificado su *ser allí*, pero no su ser en sí [...] Su *lenguaje*, si se comportase ante la voluntad propia del poder del Estado, que aún no ha llegado a ser, sería el *consejo* emitido para el bien universal.
”[...] El sacrificio del ser allí que se lleva a cabo en el servicio [...] deja en pie un determinado ser allí y, por tanto, un *para sí particular*, que hace ambiguo y sospechoso el consejo en pro del bien universal y que, de hecho, se reserva la propia suposición y la voluntad particular frente al poder del Estado ... y cae bajo a determinación de la conciencia vil, consistente en que está siempre dispuesta a sublevarse”.

⁴⁴⁴ *Ibid.* (pp. 302, 303, 305): “El heroísmo del servicio mudo se convierte en el *heroísmo del halago*. Esta reflexión hablada del servicio [...] vuelve a reflejar el extremo del poder universal en él mismo, elevando este poder que sólo es en sí a ser para sí y a singularidad de la autoconciencia. Esta deviene con ello el espíritu de este poder, que es ser un *monarca ilimitado; ilimitado*, porque el lenguaje del halago eleva el poder a su depurada *universalidad* [...] el lenguaje eleva así la singularidad, que por lo demás sólo es algo supuesto a su pureza en el ser allí, al dar al monarca su *nombre* propio; pues es el nombre y sólo él aquello en que la diferencia de lo singular no es simplemente supuesta por todos los otros, sino que se hace real por todos; en el nombre, el individuo singular como puro singular no *vale* solamente en su conciencia, sino en la conciencia de todos [...] Este nombre es, así, [...] la *realidad* que tiene *en ella misma* el poder universal; por medio de él es este poder el *monarca*. Y, a la inversa, él, este *singular*, se sabe *este singular*, como el poder universal, porque los nobles no sólo están dispuestos a servir al poder del Estado, sino que se agrupan en torno al trono como un *ornato* y *dicen* siempre a quien se sienta en él lo que es.

”El lenguaje de su elogio es, de este modo, el espíritu [por el cual] [...] esta conciencia *singular real* llega a *saberse cierta* de sí como el poder. [...] Solamente en ella el poder del Estado se confirma verdaderamente [...] Así, pues, el peculiar sí mismo que es su voluntad deviene para sí, gracias a la ofrenda de la conciencia noble, en universalidad

Al monarca, o al presidente, no le basta que lo sirvan o le aconsejen, para considerarse tal, necesita del halago y de la abyección de sus súbditos y sobre todo de sus funcionarios, para sentirse, para ser, verdaderamente, el presidente-monarca.

Si sólo recibe consejos y servicios, de un servidor, pero no halagos abyectos, va a sentir que no tiene todo el poder sobre él, que conserva un grado de autonomía que limita su poder, y que él interpreta como una reserva, como un regateo a su reconocimiento como monarca-presidente. Y, por lo tanto, no sabe hasta qué punto puede contar con él, hasta qué grado está consciente que todo se lo debe a él, que depende totalmente de él. Y, en consecuencia, al no ser reconocido como “el monarca”, duda si realmente lo es. La relativa autonomía del servidor es un recordatorio de que también él, en su esencia de monarca, depende del reconocimiento del súbdito, el cual conserva, por ese mismo hecho, un grado de poder y de prestigio que puede hacer valer, en circunstancias favorables.

En cambio, el halago abyecto, la adulación le da al monarca-presidente un poder absoluto, porque el súbdito no se reserva ningún poder, ni prestigio, ni dignidad y, en consecuencia, el monarca puede deshacerse de él de una manera absoluta, si no cumple su voluntad, sea ésta la que fuere, legal o ilegal, ética o no ética, lo cual confirma a aquél su poder, y a éste, su nulidad.

De este modo, quedan vinculados el halago abyecto y la adulación a la corrupción en la administración pública y en la administración de justicia. Los funcionarios que son abyectos con el monarca necesitan del halago de sus subalternos, los cuales, para conservar sus puestos o para tener posibilidades de ascender, tienen que cumplir con las expectativas de quienes los nombraron o de quienes los apoyaron para ello. De igual modo, los funcionarios menores son abyectos con sus superiores, y déspotas y corruptos con la población en general.

La estructura toda del estado se sostiene con esta vinculación entre la abyección y la corrupción. Por ello, me parece válido sostener que la adulación es un elemento necesario del estado. Incluso, podríamos decir que el halago es el cuarto elemento del estado. Tendríamos que corregir a Jellinek,⁴⁴⁵ diciendo que el estado es la unidad de gobierno, población, territorio y adulación.

que se enajena, en una completa singularidad y contingencia que se abandona a toda voluntad más poderosa; lo que permanece en él como independencia *universalmente* reconocida y no comunicable es el nombre vacío. “[...] El espíritu de su gratitud es [...] tanto el sentimiento de esta profunda abyección como el de la más profunda sublevación”.

⁴⁴⁵ Jellinek, G. (2004). *Teoría general del estado* (p. 196), trad. de Fernando de los Ríos. México: FCE: “Como concepto de derecho es, pues, el Estado, la corporación formada por un pueblo, dotada de un poder de mando originario y asentada en un determinado territorio”.

Se podría objetar, sin embargo, que no todos los funcionarios son abyectos y no todos son corruptos, sino que hay algunos que verdaderamente tienen una mística del servicio público y que, en lugar de halagar a sus superiores, les ofrecen consejo y asesoría. Empero, si el régimen tiene un déficit de legitimidad, ya sea porque su elección no ha sido racional en términos comunicativos o porque no ha cumplido con la obligación de prestar los servicios públicos que justifican su poder,⁴⁴⁶ en esa medida la vocación de servicio se transforma en el hábito del halago y de la corrupción.

Pensemos en todos esos funcionarios que no son elegidos por sus méritos o por su conocimiento o por su experiencia, sino por ser amigos, parientes o amantes de políticos poderosos. Tal vez pueden servir imparcialmente a los ciudadanos, siempre y cuando se trate de asuntos en que no estén involucrados intereses de sus “padrinos”. Pero, en cuanto, tienen que resolver un asunto que le interesa a éstos, ni siquiera tienen que esperar a que se los pidan, sino que “adivinan” lo que se espera de ellos y obran en consecuencia. Es lo que los sociólogos llaman una expectativa “simbólica” o un rol “no institucional”.⁴⁴⁷ Bien podríamos decir, que se trata del “simbolismo de la abyección”.

Los funcionarios compensan esta abyección haciendo saber, también simbólicamente, a sus subordinados qué esperan de ellos, no tanto el cumplimiento del servicio, sino el halago de la abyección, pues de otro modo no se considerarían ellos mismos como funcionarios legítimos. La reproducción de esta actitud, o rol de la abyección, es particularmente nefasta en los poderes judiciales, donde si no tratas al juez o al magistrado de “su señoría” no es posible que asciendas o ganes mejor, no importando los méritos que tengas por tus servicios. Nada tiene de raro en un poder proclive a manipular los concursos de oposición a favor de los favoritos de los príncipes-magistrados.⁴⁴⁸ Lo cual explica, en gran medida, el nivel tan deplorable del estado de la administración de justicia en nuestro país.

Dice Hegel que el alma noble que otorga sus servicios al monarca se transforma en el alma vil que sólo vive para el halago del soberano por medio de su abyección, de la pérdida de su dignidad. El caso de la relación de Virgilio y Augusto puede ilustrar este proceso en la antigüedad clásica.⁴⁴⁹ En nuestro país, el doloroso caso de Octavio Paz y Salinas de Gortari, cuyo fraude electoral en 1988 fue justificado por aquél por razones

⁴⁴⁶ Duguit, L. (1926). *Las transformaciones del Derecho Público* (p. 109): “Existe, pues, una correspondencia íntima entre la posesión del poder y la obligación de cumplir ciertas actividades, de prestar ciertos servicios”.

⁴⁴⁷ Berumen Campos, A. (2016). *El búho de Minerva*. Apuntes de filosofía del derecho (p. 49).

⁴⁴⁸ Avilés Allende, C. (2009). “La familia judicial vista desde dentro”. Recuperado de blogs.eluniversal.com.mx (fecha de consulta: 28 de septiembre de 2009).

⁴⁴⁹ Montes de Oca, F. (1976). *Introducción a la Eneida de Virgilio*. México: Porrúa.

de estado, cuando había sentenciado algunos años antes que “la conciencia es lo contrario de la razón del estado”.⁴⁵⁰

Pero lo que está sucediendo con Peña Nieto y con los partidos de oposición, en el “Pacto por México”, puede servirnos para ejemplificar el deslizamiento del servicio al halago, para otorgar a aquél lo que no consiguió en las elecciones presidenciales pasadas.

Se supone que el susodicho pacto es para servir al “pueblo soberano”, lo cual es sumamente discutible e improbable. Pero lo que sí es seguro es que, mediante él, los partidos de oposición (PAN, PRI, PRD) han reconocido a Peña Nieto como presidente de México, han hecho que él se sienta “presidente”, lo han hecho presidente, no el pueblo.⁴⁵¹ Y, como dice Hegel, lo han hecho aparentando otorgarle un servicio al pueblo, pero es público y notorio que lo han hecho mediante un halago abyecto. Por lo tanto, han perdido toda autonomía y dignidad. La subordinación del Poder Legislativo al Ejecutivo ha permitido la aprobación hasta de reformas constitucionales (educación, amparo, telecomunicaciones) sin la más mínima deliberación parlamentaria, ni se diga, sin consultar a la opinión pública. Lo cual ha tenido como consecuencia el desaliento de grandes sectores de esta opinión que no convalidan el gobierno de Peña Nieto, pero que se han quedado sin la más mínima representatividad institucional.⁴⁵² Es muy probable que cuando el presidente-príncipe ya no necesite a sus lacayos, los deje a un lado de la manera más ignominiosa. Y cuando su conciencia vil busque el apoyo del pueblo para revelarse, se darán cuenta de que todo lo que consideraban muy sólido, su infatuación, se disuelve en el aire.⁴⁵³

Lo cual no tienen nada de raro, continúa Hegel, pues el contenido del discurso del estado moderno “es la inversión de todos los conceptos y realidades”, es “el fraude universal cometido contra sí mismo”, pero en “la impudicia de expresar este fraude es precisamente y por ello mismo la más grande verdad”,⁴⁵⁴ como sucede en *El sobrino de Rameau*, de Diderot, en el que se basó Hegel para sus reflexiones. Y, efectivamente, en este diálogo del gran enciclopedista francés, la impudicia de la adulación expresa la más grande verdad de la abyección.

⁴⁵⁰ Ver, por ejemplo, Garrido, L. J. (1998). “El consejero”, *La Jornada*, 24 de enero.

⁴⁵¹ Valdez, P. (2013). *Peña Nieto y el círculo rojo*. Recuperado de www.parámetro.com.mx (fecha de consulta: 19 de abril de 2013).

⁴⁵² *La Jornada*, 5 de diciembre de 2013.

⁴⁵³ Hegel, G. W. F. (2000). *Fenomenología de espíritu* (p. 384).

⁴⁵⁴ *Ibid.* (p. 308).

EL SOBRINO DE RAMEAU DE DIDEROT (FRAGMENTOS SOBRE LA ADULACIÓN)

YO: Hace siglos que no os veo. Apenas pienso en vos cuando no os veo. Pero siempre me agrada volveros encontrar. ¿Qué habéis hecho durante este tiempo?

ÉL: Lo que vos, yo y todos los demás hacemos: algo bueno, algo malo y nada. He pasado hambre, he comido cuando he tenido ocasión; tras haber comido he tenido sed y he bebido a veces.

YO: ¿Seguís estando bien de salud?

ÉL: Normalmente sí; pero hoy me siento un poco mal.

YO: ¿Cómo? Con ese vientre de Sileno y esa cara...

ÉL: Una cara que se tomaría por su antagonista. Es que el mal humor que enflaquece a mi querido tío, al parecer engorda a su querido sobrino.

YO: A propósito del tío, ¿lo veis alguna vez?

ÉL: Sí, cuando pasa por la calle.

YO: ¿No os hace algún favor?

ÉL: Si hace favor a alguien, es sin querer. Es un filósofo, a su manera. No piensa más que en sí mismo. El resto del universo le importa un comino... Y esto es lo que aprecio en los hombres geniales. No sirven más que para una cosa. Fuera de eso, nada. No saben ser ciudadanos, padres, madres, parientes ni amigos... Ellos son quienes cambian la faz del globo; pero en las cosas más pequeñas la tontería es tan común y tan poderosa que no pueden reformarse sin alboroto... Sin embargo, el mundo marcha bien puesto que la muchedumbre está contenta. Si supiera historia os demostraría que el mal siempre nos ha llegado por culpa de algún hombre genial... ya que no hay nada tan útil a los pueblos como la mentira; ni nada tan nocivo como la verdad.

YO: Yo creo, por mi parte, que, si la mentira puede servir en algún momento, a la larga resulta necesariamente nociva; y que, por el contrario, la verdad sirve necesariamente a la larga, aunque pueda suceder que de momento perjudique. Por lo que estaría tentado de concluir que el genio que denuncia un error generalmente admitido, o que acredita una gran verdad, es siempre un ser digno de nuestra veneración. Puede suceder que este hombre sea víctima del prejuicio y de las leyes; pero hay dos clases de leyes, unas de equidad y generalidad absolutas; otras extravagantes, que sólo deben su sanción a la ceguera o a la necesidad de las circunstancias. Estas últimas no manchan al culpable que las transgrede más que con una ignominia pasajera; ignominia

que el tiempo revierte para siempre sobre los jueces y sobre las naciones. Entre Sócrates y el magistrado que le hizo beber la cicuta, ¿quién es hoy el deshonrado?

ÉL: ¿Acaso le condenaron menos por ello? ¿Acaso pudo salvar la vida? ¿Dejó por ello de ser un ciudadano subversivo? Despreciando una ley injusta, ¿no incitó a los insensatos a infringir las justas? ¿No fue un ciudadano audaz y extravagante?

YO: Una sociedad no debería tener malas leyes, pero si las tuviera, para eso existen los genios, para poner en tela de juicio el orden existente.

ÉL: Pero como yo no soy un genio, sino un hombre mediocre, un ignorante, un tonto, un loco, un impertinente, seré un pícaro de siete suelas, un adulator, un timador, un glotón.

YO: ¡Vaya panegírico!

ÉL: Y eso no es todo. Habiendo en París, diez mil buenas mesas, de quince o veinte cubiertos, ¿no ha de haber un cubierto para ti, pequeño Rameau? Habiendo bolsas repletas de oro derramándose a diestro y siniestro, ¿no te va a caer ni una sola moneda, lindo Rameau? Habiendo falsos ingenios sin talento ni mérito; mil criaturas sin encantos; mil insípidos intrigantes que van bien vestidos, ¿y tienes que ir desnudo, loco Rameau? ¿No sabrías adular como los demás? ¿No sabrías mentir, jurar, perjurar, prometer, cumplir o incumplir tus promesas como los demás? ¿No sabrías ponerte a cuatro patas como los demás, bufón Rameau?

Mientras pronunciaba este discurso, él interpretaba la pantomima. Se había prosternado; había aplastado el rostro contra el suelo; parecía sostener entre sus manos la punta de una zapatilla; lloraba y sollozaba. Y, de repente, poniéndose la mano sobre el pecho, continuaba.

ÉL: Sin embargo, hay algunos días que siento algo aquí que se inflama y me dice: “¡No, estúpido Rameau!” Es preciso que exista cierta dignidad unida a la naturaleza humana que nada puede ahogar. Y se despierta sin venir a cuento. Sí, sin venir a cuento. Pero hay otros días que no me costaría nada ser tan vil como se quiera; esos días, por un maravedí, le besaría el culo a la pequeña Hus.

YO: Bueno amigo, es hermosa, joven, dulce, llenita, que ese acto de humildad valdría la pena.

ÉL: Entendámonos: hay dos maneras de besar el culo: una real y otra figurada. La primera sólo la realizan pocos y la segunda la realizamos todos.

YO: ¡A qué grado de abyección habéis caído!

ÉL: La voz de la conciencia y del honor es bastante débil cuando claman las tripas.

YO: No sé qué me causa más espanto, si la perversidad de lo que decís o el tono que adoptáis para contarlo.

ÉL: Señor filósofo, creéis que la dicha es igual para todos. Ésa sí que es una extravagancia que, decorada por la filosofía, la llamáis virtud. De acuerdo, viva la filosofía: más empero, excepto beber buenos vinos, atracarse de exquisitos manjares, acostarse con bellas mujeres, descansar sobre camas mullidas, todo lo demás es vanidad.

YO: ¿Cómo? ¿Y defender a la patria?

ÉL: Vanidad. No hay patria. No veo más que tiranos y esclavos de un polo a otro.

YO: ¿Ayudar a los amigos?

ÉL: Vanidad. No existe la amistad, sino sólo el interés.

YO: ¿Ocupar un cargo en la sociedad y cumplir con las obligaciones que impone?

ÉL: Vanidad. Qué importa tener o no un cargo con tal de ser rico, puesto que sólo se ocupa un cargo para serlo. Cumplir con sus obligaciones, ¿a dónde conduce? A la envidia, a los disgustos y a la persecución. Para hacerse rico hay que adular, ¡qué diablos!, ¡adular!, tratar a los grandes, estudiar sus gustos, prestarse a sus fantasías, servirles en sus vicios, aprobar sus injusticias: ese es el secreto.

YO: ¿Velar por la educación de nuestros hijos?

ÉL: Vanidad. ¿Qué le enseñas a tu hija? ¿A razonar? Dejadla desatinar como quiera, con tal de que sea guapa, divertida y coqueta. ¿Música, poesía? Dejadla llorar, sufrir, hacer melindres, tener ataques de nervios, con tal de que sea guapa, divertida y coqueta. ¿Acaso le enseñáis moral? Nada es, en un mundo como el nuestro, más inútil y más peligroso. Mejor que sea guapa, divertida y coqueta.

YO: ¿Cuidar el honor y la honra?

ÉL: Vanidad. Hágase lo que se haga, cuando se es rico, uno no puede deshonorarse.

YO: ¿Y la virtud?

ÉL: En nuestra sociedad se elogia la virtud, pero se la odia, se la rehúye, nos hiela de frío. La virtud se hace respetar, y el respeto es incómodo. La virtud se hace admirar, y la admiración no es divertida. Tengo que tratar con gente que se aburre, y he de hacerlos reír. Ahora bien, el ridículo y la locura son los que hacen reír, he de ser, pues, ridículo y loco; así que, aunque la naturaleza no me hubiese hecho tal, lo más fácil para mí será parecerlo.

YO: Entonces también sois hipócrita y no sólo cínico.

ÉL: ¡La máscara! ¡La máscara! Hay que encontrar la máscara adecuada. Por ejemplo, la actitud admirativa. Tengo unos tonos suaves que acompaño con una sonrisa; una variedad infinita de muecas aprobatorias: aquí entran en juego la nariz, la boca y los ojos; mi agilidad de riñones, mi manera de contorsionar la espina dorsal, de alzar o bajar los hombros, de estirar los dedos, de inclinar la cabeza, de cerrar los ojos y de permanecer estupefacto como si hubiese bajado del cielo una voz angelical y divina. Eso es lo que halaga.

YO: Pero ¿cómo puede alguien dejarse embaucar tan fácil?

ÉL: Nos tragamos a grandes sorbos la mentira que nos halaga, y nos bebemos gota a gota la verdad que nos resulta amarga.

YO: A pesar del papel miserable, abyecto, vil y abominable que desempeñáis, creo que en el fondo poseéis un alma delicada.

ÉL: ¿Yo?, en absoluto. ¡Que me parta un rayo si sé lo que soy en el fondo! En general nunca soy falso por poco interés que tenga en ser sincero; nunca soy sincero por poco interés que tenga en ser falso. Digo las cosas como se me ocurren: si son sensatas, mejor; si son impertinentes, a nadie le preocupa. Soy franco en mi modo de hablar. Nunca he pensado en mi vida, ni antes de hablar, ni hablando, ni después de hablar. Así que no ofendo a nadie.

YO: Pero insultar a la ciencia y a la virtud para vivir parece un pan demasiado caro.

ÉL: Durante mucho tiempo existió el cargo de bufón del rey; en ningún momento el de sabio del rey. Yo soy el bufón de muchos, el vuestro quizá, en este momento; o quizá vos el mío. El sabio no necesita bufón. Así que el que tiene bufón no es sabio; si no es sabio, es bufón, y tal vez así, el sabio fuera el bufón de su bufón.

YO: Pero el bufón dice lo verdadero y lo verdadero engendra lo bueno de donde procede lo bello.

ÉL: Lo verdadero y lo bello sí, no sé lo bueno. Por ejemplo, en la música, cuanto más verdadero sea el canto, más bello será. Oíd el canto, oíd la sinfonía y ya me diréis qué diferencia hay entre las voces verdaderas de un moribundo y el sesgo de ese canto. Veréis cómo la línea de la melodía coincide en su totalidad con la línea de la declamación. No os hablo de la medida, que es también una de las condiciones del canto; me atengo a la expresión. El acento es la semilla de la melodía. Juzgad por esto la dificultad y la importancia que tiene el recitativo. No hay aire bello del que no pueda hacerse un bello recitativo; ni bello recitativo del que un hombre habilidoso no pueda sacar un bello aire.

Y entonces empezó a pasearse tarareando algunos aires de canciones conocidas, y de vez en cuando, elevando las manos y la mirada al cielo, exclamaba:

ÉL: ¡Qué bonito es, Dios mío, qué bonito es! ¿Cómo se puede tener un par de orejas en la cabeza y formular semejante pregunta?

Se apasionaba y comenzaba a cantar bajito. Elevaba el tono a medida que se iba apasionando. Amontonaba y confundía juntos treinta aires italianos, franceses, trágicos, cómicos, toda clase de caracteres. Unas veces con voz de bajo profundo, descendía a los infiernos; otras, se desgañitaba e imitaba el falsete, desgarrando lo más agudo de los aires, imitando el andar, la compostura y el gesto de los diferentes personajes cantores; sucesivamente furioso, sosegado, dominante, burlón, una jovencita que llora, un sacerdote, el rey, el tirano, amenaza, ordena, se encoleriza, es esclavo, obedece. Se apacigua, se lamenta, se queja, se ríe; nunca fuera de tono, de medida, del sentido de las palabras y del carácter del aire.

Si abandonaba la parte del canto, era para tomar la instrumental, la cual dejaba súbitamente para volver a la parte vocal, entrelazando una y otra con el fin de conservar los enlaces y la unidad del todo; apoderándose de nuestras almas y manteniéndolas en suspenso en la situación más singular que jamás haya vivido. Con las mejillas infladas e hinchadas, y un sonido seco y sombrío, imitaba los cornos y las tubas; producía un sonido brillante y nasal para los oboes; precipitaba la voz con una rapidez increíble para los instrumentos de cuerdas, buscando los sonidos más aproximados; silbaba como las pequeñas flautas; arrullaba como las flautas traversas; gritaba, cantaba, se agitaba como un loco; imitando, él sólo, a los bailarines, las bailarinas, los cantores, las cantantes, toda la orquesta, todo el teatro lírico, dividiéndose en veinte papeles diferentes, corriendo, deteniéndose con aspecto de energúmeno, con los ojos llameantes y espuma en la boca.

Lloraba, gritaba, suspiraba, miraba enternecido, tranquilo o furioso; era mujer desmayándose de dolor; era un desdichado entregado por entero a su desesperación; un templo en construcción; pájaros que callan al anochecer; aguas que murmuran en un lugar solitario y fresco, o que bajan en torrente desde lo alto de las montañas; una tormenta, el lamento de los que van a perecer mezclados con el silbido de los vientos y el estruendo del trueno; era la noche con sus tinieblas; era la sombra y el silencio; porque incluso el silencio se escribe con sonidos. Había perdido la cabeza. Agotado por el cansancio, como un hombre que sale de un sueño profundo o de una larga distracción, permaneció inmóvil, estupefacto, atónito. Poco después exclamó:

ÉL: Esto es lo que debe llamarse música y lo que es un músico.

YO: ¿Cómo es posible que, con un tacto tan fino y una sensibilidad tan grande para las bellezas del arte musical, seáis tan ciego para las bellezas de la moral y tan insensible a los encantos de la virtud?

ÉL: Tal vez porque me educaron fino el oído, pero sordo el corazón.

YO: De la música podréis pasar a la moral.

ÉL: Soy mejor moralista que músico.

YO: Lo dudo.

ÉL: Lo que he hecho no han sido sino las distintas pantomimas de la especie humana. El hombre necesitado no camina como los demás; salta, reptá, se retuerce, se arrastra; se pasa la vida adoptando e interpretando posiciones. Soy un excelente actor de pantomima, como podréis juzgar.

Y empieza a sonreír, a imitar al hombre admirado, al hombre suplicante, al hombre complaciente; pone el pie derecho delante, el izquierdo atrás, la espalda encorvada, la cabeza alzada, la mirada como fijada en otros ojos, la boca entreabierta, los brazos orientados hacia algún objeto; espera una orden, la recibe, sale como flecha; vuelve tras ejecutarla; rinde cuentas. Está atento a todo; recoge lo que cae; sitúa un almohadón o un taburete debajo de unos pies; sostiene un platillo, acerca una silla, abre una puerta; cierra una ventana, corre unas cortinas; observa al dueño y a la dueña de la casa; está inmóvil, los brazos caídos, las piernas paralelas; escucha, trata de leer los rostros y dice:

ÉL: Esta es mi pantomima, parecida a la de los aduladores, los cortesanos, los criados y los pordioseros.

YO: No conozco a nadie que no sepa algunos pasos de vuestro baile.

ÉL: Tenéis razón. Sólo hay en todo el reino un hombre que camina derecho. El soberano. Los demás adoptan posiciones.

YO: ¿El soberano? Tampoco. Todo el que necesita de otro es indigente y adopta posiciones. El rey adopta posiciones ante su querida y ante Dios; ejecuta su paso de pantomima. El ministro ejecuta el paso de cortesano, de adulador, de criado o de mendigo delante de su rey. La muchedumbre ambiciosa danza de mil maneras, unas más viles que otras, delante del ministro. El abate de condición con alzacuello y abrigo largo hace lo mismo, al menos una vez por semana, delante del depositario de la hoja de beneficios. A fe mía, lo que llamáis la pantomima de los pordioseros constituye el gran baile de la Tierra.

ÉL: Eso me consuela.

Pero mientras yo hablaba, él continuaba imitando las posiciones de los personajes que iba nombrando, por ejemplo, a los aduladores, a los ambiciosos, los imitaba arrastrándose por el suelo.

YO: Es una imitación perfecta. Pero, sin embargo, existe un ser dispensado de la pantomima. Se trata del filósofo que nada tiene y nada pide.

ÉL: ¿Y dónde está ese animal? Si no tiene nada, sufre; si no solicita nada, nada conseguirá y sufrirá siempre.

YO: No. Diógenes se burlaba de las necesidades.

ÉL: Pero es preciso vestirse.

YO: No. Él iba desnudo.

ÉL: Algunas veces haría frío en Atenas.

YO: Menos que aquí.

ÉL: Allí se comería.

YO: Sin duda.

ÉL: ¿A expensas de quién?

YO: De la naturaleza. ¿A quién recurre el salvaje? A la tierra, a los animales, a los peces, a los árboles, a las hierbas, a las raíces, a los arroyos.

ÉL: Es una mesa grande.

YO: Sin embargo, es la que se desvalija para surtir las nuestras.

ÉL: Pero Diógenes también danzó la pantomima, si no ante Pericles, al menos ante las cortesanas Lais o Friné.

YO: Os volvéis a equivocar. Los demás compraban muy cara la cortesana que se entregaba a él por placer.

ÉL: ¿Vos me aconsejáis imitarlo?

YO: Que me muera si eso no valdría más que arrastrarse, envilecerse y prostituirse.

ÉL: Pues yo necesito un buen lecho, una buena mesa, una prenda abrigada para el invierno; otra fresca para el verano; descanso, dinero y otras muchas cosas, que prefiero deber a la benevolencia que adquirirlas mediante el trabajo.

YO: Es que sois un vago, un glotón, un adulador, un cobarde; tenéis un alma de barro.

ÉL: Creo que ya os lo he dicho antes.

YO: En esta vida todas las cosas tienen un precio, pero vos preferís danzar, danzar y seguir danzando la pantomima.

ÉL: Es verdad, pero ese es mi precio para tener la comida asegurada. Adiós filósofo, seguís siendo el mismo de siempre.

YO: Vos también, desgraciadamente.

ÉL: El que ríe al último es el que ríe mejor.

Comentario final

Por último, dice Hegel, no se puede disolver el mundo de la abyección alejándose del mundo, pues Diógenes, aún en su barril, está condicionado por este mundo. Lo que se necesita es sumir en la abyección a la abyección misma, invertir la inversión, enajenar a la enajenación, negar la negación.⁴⁵⁵ Así como el servicio del alma noble se transforma en el halago de la conciencia vil, por medio de la enajenación, de modo inverso, de la ética del halago ha de surgir la ética del servicio por medio de la música en particular y del arte en general.

⁴⁵⁵ Hegel, G. W. F. (2000). *Fenomenología del espíritu* (pp. 309, 310): “Finalmente, si la conciencia simple exige la disolución de todo este mundo de la inversión, no se puede pedir al *individuo* que se aleje de dicho mundo, pues Diógenes en el tonel se halla condicionado por aquel mundo [...] sino que la exigencia de esta disolución sólo puede ir dirigida al *espíritu* mismo de la cultura para que retorne a sí mismo como *espíritu*, desde su confusión, y alcance así una conciencia todavía más alta”.



"LA CONCIENCIA Y EL ESTADO SON
MOMENTOS DEL LENGUAJE."
(HEGEL)